

almirante italiano, y pareció que se iba á realizar la intervencion, con la cual Napoleon habia amenazado repetidas veces en las últimas semanas. Inmediatamente despues de la entrada de los piemonteses en los Estados de la Iglesia, habia creído el emperador que el Austria juzgaria llegado el tiempo de imponer la paz de Zurich por medio de las armas, y en esta creencia notificó al gabinete de Viena por medio de Beust, ministro de Sajonia, que no se opondria á una intervencion armada del Austria, con tal que no se variara nada en la Lombardia; mas el conde de Rechberg no quiso arriesgar nada, creyendo que la situacion en Italia se hundiria por sí sola (1). Napoleon tambien se contentó entonces con tomar una actitud expectante, aunque disimulada durante algun tiempo con algunas expresiones y actos aparentemente enérgicos; telegrafió á Víctor Manuel que Farini le habia dado una idea muy diferente de la política piemontesa; que de consiguiente, se tenia que oponer á la entrada de las fuerzas piemontesas en los Estados de la Iglesia, y que reforzaria su guarnicion en Roma. En efecto, retiró al embajador francés de Turin, reforzó el cuerpo de ocupacion en Roma, á cuya cabeza volvió Goyon, y tambien hizo saber al gobierno pontificio que se opondria á la invasion piemontesa, si bien no añadió en su comunicacion la palabra «á la fuerza,» que habia añadido el ministro de la Guerra del Papa para enterar á Lamoriciere de esta comunicacion; de suerte que para no dar lugar á errores, el duque de Gramont tuvo que apresurarse á hacer notar esta diferencia. La guarnicion francesa ocupó despues diferentes puntos en el patrimonio de San Pedro, particularmente á Viterbo, con lo cual impidió el avance de los piemonteses por este lado; pero el emperador no quiso que se hicieran otras demostraciones á favor del Papa y pasó muy tranquilamente á Argelia, lo que aprovechó su ministro Thouvenel para ir al campo, diciendo que no podia en aquellos mismos dias corresponder con el emperador (2). La curia reconoció perfectamente lo que esto significaba y amenazó otra vez con la marcha del Papa; pero la única respuesta que recibió fué que en este caso se embarcaria tambien inmediatamente la guarnicion francesa y volveria á Paris el embajador francés. Este último supo arreglarse de manera que la máquina de vapor de la corbeta pontificia que habia de estar á punto para llevarse al Papa, se descompusiera y se hiciera inservible (3). El general Goyon en cambio dijo á todo el mundo que la marcha del Papa lo simplificaria todo, y que Su Santidad estaba ya tomando disposiciones para nombrar una comision de gobierno. Este exceso de celo y las quejas del embajador indujeron al emperador á desaprobar francamente la conducta de Goyon, porque hacia servir su tropa hasta para objetos de pura policia, y entonces escribió Napoleon á Randon (4): «Desconoce su posicion; nuestras tropas ocupan á Roma militar, pero no políticamente; á ellas corresponde asegurar la tranquilidad y sofocar en concepto militar todos los desórdenes, y no ser sayones de los agentes de policia.» En el mismo tono declaró con mucha frialdad el *Monitor* que la cuestion italiana solo podia ser resuelta por un congreso, é interin esto no sucediera, continuaria la Francia cumpliendo sus deberes para con el Papa.

La llegada de Barbier de Tinan con su escuadra delante de Gaeta pareció indicar que la conducta pasiva de Napoleon habia llegado á su término, y nadie supuso lo que significaba en realidad, á saber: que el almirante tenia únicamente el

(1) Thouvenel, tomo I, pág. 189; Beust, tomo I, pág. 278.

(2) Id., tomo I, pág. 202.

(3) Id., tomo I, pág. 229.

(4) Id., tomo I, pág. 269.

encargo de conservar al rey de Nápoles el medio de salvarse por mar cuando le conviniese (5). Víctor Manuel preguntó por telégrafo el objeto de la estancia de la escuadra francesa y entonces le contestó Napoleon que la mision de la escuadra se limitaba á impedir un ataque por mar contra Gaeta y tener alejada la escuadra de Persano de la fortaleza á tiro de cañon; y como la embocadura del Garellano distaba catorce kilómetros de la fortaleza, tuvo que retirarse de allí Barbier para dejar libre el paso del rio, que el ejército piemontés efectuó el 3 de noviembre, tomando por asalto al dia siguiente la pequeña ciudad de Mola de Gaeta, situada una hora al Norte de la fortaleza. Del ejército borbónico solo diez mil hombres encontraron cabida en Gaeta; los demás emprendieron el camino de la frontera romana, que pasaron siendo internados en número de veinticinco mil en los montes Albanos cerca de Velletri.

Francisco II quedó, pues, completamente cercado en Gaeta por la parte de tierra, y su resistencia debía resultar inútil si las grandes potencias no le auxiliaban. Durante algun tiempo se lisonjeó acaso con la esperanza de que este auxilio llegaria, pues el gobierno ruso habia llamado á su embajador el 10 de octubre de Turin; la Prusia habia vituperado en una nota en términos muy enérgicos la conducta del Piemonte, y el Austria pareció hacer preparativos de guerra y combinar una coalicion contra Italia, tanto que Cavour, á fines de octubre, estaba aguardando cada dia el comienzo de las hostilidades. Sin embargo, entre el 22 y el 26 de octubre cambió la situacion con una entrevista que tuvieron en Varsovia el czar, el emperador de Austria y el príncipe-regente de Prusia, que se pusieron de acuerdo sobre la conducta que debian observar en el conflicto italiano. Prevalció en esta conferencia la corriente pacífica, porque Napoleon habia hecho declarar en San Petersburgo en términos precisos que no apoyaria á la Italia si atacaba al Veneto, siempre que la Alemania no se mezclara en el asunto. Al mismo tiempo recomendó su idea del congreso; pero el czar y el príncipe-regente la consideraron prematura, sin desaprobarla, de suerte que el emperador de Austria se vió obligado á ahogar sus deseos de intervencion.

La situacion del rey de Nápoles se hizo, pues, desesperada; no obstante, rechazó el consejo de Napoleon de renunciar á toda resistencia. Los trabajos de sitio dirigidos por Menabrea y el bombardeo que empezó el 17 de diciembre progresaron con mucha lentitud, porque la fortaleza estaba cubierta por tres lados por el mar y por la escuadra francesa, cuya presencia se justificaba cada dia menos, pues que Napoleon aseguraba que no se queria apartar del principio de no intervencion y que solo queria conservar al rey Francisco la posibilidad de salir de su país sin tener que entrar en negociaciones con los piemonteses. Las reclamaciones urgentes de Inglaterra y del Piemonte, que tenia en la persona del conde de Vimercati un agente muy activo y muy bien visto en Paris, consiguieron por fin que Napoleon diera orden á la escuadra de retirarse, procurando antes un armisticio que en efecto se pactó y duró desde el 8 al 19 de enero de 1861 y recomendando al rey que renunciara á la resistencia. Francisco II continuó la defensa aun despues del 22 de enero, desde cuya fecha los piemonteses bloquearon á Gaeta por mar. De dia en dia se hacia la situacion dentro de la plaza mas insostenible; pero cuando además se agregó á todas las desgracias el tifus, el rey, el 13 de febrero, tuvo que resolverse á capitular.

Aunque se enalteció en términos excesivos como un gran heroismo el haberse sostenido el rey tan largo tiempo en la

(5) Thouvenel, tomo II, pág. 35 (22 de octubre de 1860).

fortaleza, siempre fué mayor su valor que el de su ejército napolitano, al cual Garibaldi habia barrido como polvo. Tambien mereció alabanza y simpatía la conducta de su esposa, princesa bávara y hermana de la emperatriz de Austria, que ni un momento se habia apartado del lado de su esposo y habia desplegado grande actividad en los hospitales. Al evacuar los reyes la plaza se embarcaron en un vapor francés que les llevó á Terracina y desde allí pasaron á Roma, donde por lo pronto fijaron su residencia. Toda la guarnicion de Gaeta fué hecha prisionera de guerra hasta que se rindieron los últimos dos puntos donde ondeaba todavía la bandera napolitana, la ciudadela de Mesina y el pequeño castillo Civitella de Tronto, junto á la frontera romana. La ciudadela de Mesina resistió hasta el 12 de marzo, en cuyo dia los sitiadores abrieron el fuego contra ella y entonces la guarnicion se rindió á discrecion. Civitella de Tronto, castillo sin importancia, situado en un punto peñascoso que servia de apoyo solo á cuadrillas de bandidos, rechazó en 25 de febrero un asalto de los piemonteses; pero la guarnicion tuvo que rendirse tambien á discrecion el 20 de marzo, con lo cual quedó conquistado el último resto de la monarquía borbónica, y los únicos adalides de esta monarquía que se engalanaron con sus colores fueron únicamente las muchas cuadrillas de bandidos que infestaron el continente y la isla.

Entretanto habia regresado á Turin Víctor Manuel de una visita hecha á Sicilia á principios de diciembre. El 18 de febrero de 1861 se reunió en la capital del Piemonte el parlamento de la Italia unida, elegido en enero. Al abrir la legislatura saludó Víctor Manuel al parlamento en su discurso de la corona, en el cual celebró las ventajas alcanzadas, recordando tambien que si habia sido hábil y atrevido arrojarle á la empresa de la unificacion, no habia sido menos hábil y prudente aguardar el tiempo oportuno.

El ataque contra Roma y Venecia que Garibaldi esperaba emprender en aquella primavera no se realizó; y aunque esto acrecentó el furor de los patriotas impacientes contra Cavour, el ministro tenia en su apoyo la gran mayoría del parlamento y la de la nacion. Con el objeto de dar cabida en el ministerio á algunas notabilidades del Centro y del Mediodía de Italia, presentó Cavour al rey en el mes de marzo su dimision, siendo encargado inmediatamente de la formacion de un nuevo ministerio en el cual entraron otra vez en parte los miembros del gabinete anterior, si bien además de Cavour solo entró otro piemontés, el ministro de Justicia Cassini; Minghetti representó en él como hasta entonces la Romagna, Fanti los ducados, Bastogi y Peruzzi eran toscanos, Sanctis y Niutte eran de Nápoles y Natoli era natural de Sicilia. Antes de estar formado este ministerio, aprobó el senado por unanimidad, menos dos votos, y la cámara de diputados por unanimidad completa, en la sesion del 14 de marzo, la ley determinando que Víctor Manuel y sus sucesores usaran el título de «rey de Italia por la gracia de Dios y de la nacion.»

Mucho se habia alcanzado y grande fué la satisfaccion que pudieron tener los italianos, pero tambien quedaron muchas dificultades y cuidados. En todas partes de Europa encontró el joven reino grandes simpatías, pero de todas las grandes potencias solo lo habia reconocido formalmente el gobierno inglés, cuyo ejemplo siguieron sucesivamente el mismo año la Suiza y la Grecia, los Estados Unidos de la América del Norte y otras repúblicas ultramarinas, luego Marruecos y Túnez, y en el semestre siguiente Portugal, el Brasil, los Estados escandinavos, la Holanda y Bélgica. La muerte no permitió á Cavour que viera estos reconocimientos. Los asuntos interiores ocuparon su atencion, mas que las relaciones exteriores, en sus últimos dias. En Nápoles y Sicilia la

situacion era difícilísima. En el continente dominaba la Camorra y en Sicilia la Mafia, dos sociedades de criminales, pero tan vastas, que las autoridades eran impotentes contra ellas; en los Abruzos alcanzó esta plaga una extension como no se habia visto en Italia en las peores épocas. Millares de soldados licenciados del ejército borbónico formaron numerosas bandas apoyadas por el gobierno pontificio y por el ex-rey de Nápoles; se exigieron grandes contribuciones á las poblaciones por los bandoleros y se hizo imposible todo gobierno bien ordenado. Era indispensable un gobierno militar riguroso. Farini, nombrado por el rey en octubre gobernador de Nápoles, dimitió en enero de 1861, y el príncipe de Carrián que le sucedió en el cargo, hizo lo mismo á los cuatro meses poco mas ó menos, sucediéndole el conde Pouza de San Martino, que tampoco consiguió dominar el bandolerismo. Entonces se confirió al general Cialdini el poder civil y militar del país, que tambien dimitió el 1.º de octubre y fué nombrado en su lugar Lamarmora, con el mismo carácter civil y militar. Lamarmora consiguió algunas ventajas notables, siendo la mas importante la prision y fusilamiento del cabecilla Borges, natural de España; pero á pesar de esto duró todavía años el mal, antes que fuese posible reducirlo á los límites á los cuales se estaba acostumbrado en aquellos países desde muchísimo tiempo.

Vanos fueron tambien los esfuerzos de Cavour para llegar á una inteligencia con el Papa. A fines de 1860 entró en relaciones con el cardenal Santucci y el padre Passaglia, por medio del doctor Pantaleoni, para que convencieseran al Papa de que debia renunciar á Roma. En cambio se le prometia reconocerle su categoría de soberano, fijarle una asignacion considerable, garantizarle la libertad del cónclave y conceder á la Iglesia grandes privilegios. El gabinete de Turin se lisonjeó por un momento de que Pio IX aceptaria estas proposiciones, que Santucci le comunicó; pero el embajador francés tuvo razon al decir desde el primer momento que se obtendria el mismo resultado que si se propusiera al Papa hacerse protestante (1). Pio IX prefirió aguardar la intervencion de las potencias católicas, que en su concepto no podian tardar en echar por tierra toda la creacion de Cavour. Igualmente vanos fueron los esfuerzos de este ministro para hacer un convenio con Napoleon para la retirada de la guarnicion francesa de Roma. Cavour propuso como bases que el Papa conservaria un ejército de 1,000 hombres, que la Italia le protegeria contra los ataques exteriores, dejándole en completa libertad para sofocar las sublevaciones en el interior de Roma. El emperador, por mucho que le molestara ya la ocupacion de la Ciudad Eterna, no creyó entonces todavía posible aceptar estas proposiciones sin enemistarse para siempre con el partido ultramontano francés; por manera que Cavour no tuvo mas remedio que aguardar y sostener por medio de una resolucion solemne del parlamento la pretension de Italia de tener á Roma por capital natural. Apoyó, pues, vivamente la proposicion que en este sentido presentó el diputado Audinot en la sesion del 25 de marzo de 1861, diciendo que él tambien trabajaba para conseguir esta solucion, pero con tal que se lograra de acuerdo con la Francia y que no pudiese en peligro la independencia espiritual del Papa. Si se consiguiera cumplir esta segunda condicion de manera que el mundo católico la admitiera con confianza, no tendria grandes dificultades obtener tambien el cumplimiento de la primera; de consiguiente, el problema mas importante para la Italia era garantir la libertad de la Iglesia. Admitiendo esta explicacion, expresó la cámara la confianza de que asegurando la independencia del Papa y la libertad de la

(1) Thouvenel, tomo I, pág. 337.

Iglesia, era posible la inteligencia con Francia para hacer de Roma la capital de Italia.

De la misma manera se hizo constar solemnemente algunas semanas despues en el parlamento, en la sesion del 21 de mayo, la pretension de Italia á la posesion de Venecia, aprobando el parlamento y el ministerio una proposicion relativa á este asunto presentada por Ricasoli; de suerte que la mayoría de la representacion nacional y el gobierno reconocieron explícitamente como suyos los fines que se proponian Garibaldi y el partido de accion. Sin embargo, respecto de los medios de llegar á este objeto habia divergencias grandes. Cavour y sus amigos eran opuestos á todo ataque de voluntarios contra Roma y Venecia. Entre Cavour y Garibaldi hubo el 18 de abril una explicacion vivísima. Ricasoli habia apelado calurosamente al patriotismo de todos los italianos con el deseo de hacer cesar las causas de la discordia, y á este fin habló de la situacion en la cual se hallaban los restos del ejército del Sur; pero Garibaldi no aceptó la reconciliacion, diciendo que nadie podia exigir de él que diese la mano de amigo al hombre que le habia hecho extranjero en Italia; habló luego del mal que habia hecho el alma fria y hostil del ministerio, de la guerra fratricida que habia originado, y al decir esto fué tan ruidosamente interrumpido por Cavour y por la cámara, que el presidente tuvo que levantar la sesion. Bixio despues expresó en términos elocuentes el dolor que sentia el país al ver á los dos mas nobles patriotas tan reñidos, y pidió que las escenas de que la cámara acababa de ser testigo se olvidaran, á lo cual contestó Cavour muy dignamente que cualquiera que fuera la actitud que tomara Garibaldi, en cuanto á él se hallaba pronto á mirar como no ocurrida la primera parte de la sesion. Entonces redujo tambien Garibaldi su discurso á otros límites y declaró que estaba dispuesto á ir unido políticamente con el presidente del ministerio; pero todo el mundo comprendió que con estas declaraciones solo se habia echado un velo sobre tan desagradable suceso y que en el fondo los dos patriotas quedaban tan reñidos como antes. Pocos dias despues tuvieron los dos una conferencia á invitacion del rey, la cual pasó cortésmente y sin irritarse los dos interlocutores, que se mantuvieron no obstante frios y reservados (1).

Los que trataban á Cavour de cerca no podian desconocer que habia dejado profundas huellas en él la actividad febril de los últimos años, segun lo atestiguaba la excitacion é irritabilidad extraordinarias que le distinguian hasta en el parlamento; pero nadie sospechó que aquella agitacion en que salió de la sesion del 29 de mayo, fuese precursora de la enfermedad que habia de arrebatarle de este mundo á los ocho dias. En vano procuraron los médicos dominar la calentura con sangrías que solo aceleraron la pérdida de fuerzas. En vano quiso dominar el mismo Cavour su debilidad, y hasta en cama presidió un consejo de ministros que duró dos horas; en la noche del 4 al 5 de junio se hizo su estado desesperado. El hermano Giacomo le confesó y le dió la absolucion, conforme le habia prometido años antes, y despues tuvo la satisfaccion de apretar la mano del rey, que se despidió de él vertiendo lágrimas. En seguida empezó el enfermo á delirar, exclamando con júbilo que ya no habia piemonteses ni toscanos ni romagnoles; desaprobó el estado de sitio de Nápoles, aseguró que nadie deseaba mas vivamente que él á Roma y Venecia; que la incorporacion del Tirol y de Istria quedaba reservada para otra generacion; que la generacion actual habia hecho bastante, porque habia hecho la Italia, y citó á Ricasoli y á Farini como los únicos

(1) Massari: *Cavour*, pág. 364.

hombres que podian reemplazarle ó sustituirle. Cuando hácia la mañana del dia 6 de junio le dió el hermano Giacomo los sacramentos, dijo Cavour al conocerle sus últimas palabras: «Hermano, la Iglesia libre en el Estado libre.» Poco antes de las siete falleció.

Cavour dejó la obra de su vida sin concluir, ni siquiera en los perfiles exteriores, porque todavía faltaban á la Italia unida Roma y Venecia; pero mas grave que estas faltas fué la duda de saber si resistiria el nuevo edificio á las tormentas que habian de venir. Todos los enemigos del nuevo reino de Italia contaban con disensiones interiores, porque decian que el reino de Satanás seria presa de sus discordias interiores y no se sostendria. No faltaban indicios para semejante prediccion, porque solo la mano fuerte de Cavour habia domado temporalmente las pasiones republicanas, y no las habia vencido, sino cogido por sorpresa y astucia. El terreno en que se asentaba el trono de Víctor Manuel habia sido removido profundamente, y un empuje robusto podia dar en tierra mas pronto ó mas tarde con el nuevo reino. El ejército y la armada se habian conducido con honor, pero todavía no habian dado la última prueba de su valor y firmeza; porque en la lucha contra el Austria habia hecho la mayor parte el ejército francés, y en la lucha contra el Papa y Nápoles, las fuerzas de Víctor Manuel habian combatido con dos contrarios débiles y mal preparados. La hacienda del Piamonte se hallaba ya antes de la guerra en mala situacion, y á pesar de los elevados impuestos se habian aumentado las deudas del Estado, que á principios del año 1861 ascendian á 2,000 millones. El presupuesto presentaba quinientos millones de ingresos y doble cantidad y algo mas de gastos, y era además evidente que la nueva situacion no permitia ninguna reduccion de gastos. Los recursos de las provincias conquistadas estaban por desarrollar; no prometian ningun alivio para un porvenir inmediato, y si á pesar de esto se trataran de exigir crecidas contribuciones nuevas, se fomentaria el descontento y se daria á los partidos hostiles los deseados pretextos para llevar adelante sus planes. Los voluntarios garibaldinos despues de licenciados se hallaban diseminados por todo el país, como tambien los partidarios del Papa, los amigos de lo pasado y el clero, que desde el púlpito y el confesonario atacaba encubierta ó públicamente al nuevo gobierno, acusado de impío. ¿Cómo podia sostenerse, pues, sin auxilio extranjero la creacion de Cavour, contra la cual trabajaban republicanos y reaccionarios? ¿Y dónde encontrar el auxilio extranjero? Inglaterra únicamente estaba al lado de Italia con sinceridad; pero aun así, habia una gran distancia de las intenciones amistosas hasta el auxilio enérgico en el momento del peligro. Tambien era de suponer que Napoleon jamás abandonaria del todo á su protegida; pero ¿qué harian estos protectores si su protegida, la Italia, llegara á dejarse seducir por el partido republicano para atacar Roma ó Venecia? Napoleon solo se declaraba obligado á observar la paz de Zurich y á reconocer las anexion hechas en la Italia central; no habia aprobado las demás conquistas, y podia de consiguiente desentenderse sin deshonra de su conservacion. Aun admitiendo el caso de que Napoleon cesara de dominar en Francia, el resultado seria todavía mucho peor para la Italia, porque en la gran masa del pueblo francés y entre la parte adversaria del imperio era muchísimo mas frecuente el espíritu hostil á la unidad italiana que la simpatía y amistad. En cuanto al trono de Napoleon, estaba entonces todavía firme; pero en toda la Europa existia el sordo presentimiento de que necesitaba para sostenerse indispensablemente una nueva guerra, por cuyo motivo estaba meditando nuevos planes de conquista, en cuyo caso eran de esperar complicaciones peligrosísimas para

la Italia. ¿Dónde estaba, pues, la fuerza del nuevo reino de Italia que podia tranquilizar respecto de su porvenir? Esta fuerza, á pesar de todos los partidos y de todas las agitaciones debidas á los secuaces de Mazzini y al clero, consistia en la gran idea de la unidad nacional. La fe en el principio de las nacionalidades habia llegado á ser potencia en Europa, y los que habian fomentado esa fe sacaron de ella una fuerza invencible, no obstante no haberse realizado todavía esta idea completamente. Muchos engaños y mentiras, mucho egoismo y muchos cálculos innobles habian cooperado á la creacion de la Italia unida, que era la realizacion de una idea cuya moralidad, robustez interior y justicia no podian negar sus contrarios mas encarnizados, fuera de algunos casos especiales. Para todos los que tenian fe en el progreso y que sabian que las grandes revoluciones no se efectuan sin grandes injusticias, era imposible que este progreso conseguido pudiera ser deshecho por los defectos é injusticias que habian contribuido á su realizacion. Todavía habia mas: el haber triunfado en Italia el principio de las nacionalidades era un poderoso impulso para los demás pueblos grandes ó pequeños que esperaban su salvacion del mismo principio, y cada uno de estos pueblos era para la Italia unida un aliado y para el Austria y los príncipes expulsados un adversario. Entre estos pueblos se hallaban en primera línea el alemán y el Estado prusiano, al cual correspondia forzosamente al otro lado de los Alpes el papel que habia correspondido en Italia al Piamonte. Por esto mismo se habian fijado las esperanzas de Cavour desde mucho tiempo en la Prusia, y por esto conservó siempre, á pesar de todos los desengaños, la idea de una alianza entre los dos países, y dijo con la fe del profeta que estaba escrito con gruesas letras en el libro de la historia futura que la Prusia estaba ligada irrevocablemente á la idea nacional. Hasta en sus últimos desvarios habló de los prusianos, diciendo que eran tan lentos que necesitaban cincuenta años para hacer lo que Italia habia hecho en tres años. Por lo menos tuvo todavía la satisfaccion, en febrero de 1861, de saber que la cámara de diputados de Prusia se declaró á favor de la nueva situacion de Italia; si bien no tenia la esperanza de ver cambiar en un corto porvenir al gobierno prusiano ni de que este cambio diera á la Italia la posibilidad de conquistar á Venecia. Semejante conquista solo podia efectuarse con el auxilio de la Rusia ó de la Francia, y este último auxilio, en opinion de Inglaterra, traeria consigo una guerra europea.

La cesion de Saboya y Niza habia sembrado la desconfianza contra el emperador Napoleon, tanto que todos los vecinos de la Francia empuñaron las armas, decididos á hacer frente á tiempo á todos los peligros que pudieran amenazarles por este lado. En tal situacion Napoleon, y con él la Italia, debian renunciar á todo nuevo ataque por algun tiempo, á no querer que se levantara contra ellos una gran liga europea.

CAPITULO IX

EL IMPERIO EN SU MAYOR AUGE

Puede considerarse como la primera falta irremediable que cometió Napoleon en su política extranjera la de no haber sabido resistir á la tentacion de hacerse pagar los servicios que habia prestado á Italia con la anexion de Niza y Saboya. Con mucha sagacidad habia dicho su tío en Santa Elena que el primer soberano que *de buena fe* hiciera suya la causa de los pueblos, se encontraría á la cabeza de toda la Europa y podría emprender cuanto quisiera (1). Pero su

(1) Napoleon I, *Memorial de Santa Elena*.

sobrino no podia pretender que se creyera en su buena fe ni en su desinterés, dos cualidades indispensables en estos casos, despues de haberse cobrado su auxilio con Niza y Saboya. El aumento de poderío que dieron estas adquisiciones á la Francia, no podia haber sido ciertamente el motivo principal que le habia hecho dar este paso falso, porque la posesion de la Saboya con sus 200 leguas cuadradas y sus 580,000 habitantes, y de Niza con sus 56 leguas cuadradas y sus 125,000, solo aumentaron el poder de la Francia en la balanza política de Europa en una parte muy insignificante. Lo que le movió fué mas bien la esperanza de fortificar la posicion de su dinastía en Francia, restituyendo al país territorios considerados por la opinion pública como dentro de las fronteras naturales del imperio francés; y el orgullo nacional tuvo por lo menos la satisfaccion de ver recuperadas siquiera en un punto las cesiones que la Europa unida habia arrancado en la paz de Paris, dando lugar así á la esperanza de que el segundo imperio restableceria tambien en las demás direcciones las llamadas fronteras naturales.

Pero lo que favoreció á Napoleon en Francia despertó en el resto de Europa recelo y temores, y la política francesa aumentó esta impresion por el modo ambiguo con que trató á la Suiza. Esta, en virtud del acta del congreso de Viena, tenia el derecho de que fuesen declarados neutrales en tiempo de guerra Chablais y Faucigny, distritos septentrionales de Saboya; y como esta disposicion no tenia mas objeto que proteger á Suiza contra un ataque de parte de Francia, el gobierno suizo exigió, con razon, que los citados distritos no pudieran ser cedidos á la Francia, sino que debian ser incorporados á la Suiza. Esta pretension no fué rechazada al principio por el gobierno francés; aunque Thouvenel sostuvo en una nota que entregó en 7 de febrero á lord Cowley que aunque fuesen incorporados aquellos distritos á la Francia, podia conservarse su neutralidad, si bien seria mejor, dijo al final, que fuesen reunidos de una manera definitiva á la Suiza (2). Tambien dijo al embajador suizo en Paris verbalmente que el emperador por simpatía á la Suiza queria dejar á ésta los dos distritos mencionados. El gobierno suizo no pudo conseguir en las semanas que siguieron una confirmacion escrita de esta intencion del emperador, y en cambio supo que en la Saboya se fomentaba con mucha actividad una agitacion contra toda division del país, y sospechó que el gobierno francés dirigia esta agitacion, lo cual resultó muy fundado, porque en 13 de marzo declaró Thouvenel que las protestas de la poblacion hacian imposible la separacion de aquellos distritos, y que la Suiza podia descansar respecto de sus intereses en las intenciones benévolas de la Francia. En igual sentido contestó Napoleon algunos dias despues á una diputacion de Saboya que se le presentó para protestar contra la division. La indignacion que provocó esto en Suiza excedió todo límite. La mayoría del consejo federal, y á su cabeza el presidente Stampfli, de Berna, estaba en favor de la ocupacion militar de la Saboya septentrional aun á riesgo de dar lugar á una guerra; pero en la asamblea federal prevalecieron los elementos mas prudentes, cuyos jefes eran Escher y Dubs de Zurich, y en su consecuencia el consejo federal renunció á sus preparativos militares, quedando encargado únicamente de hacer valer las justas exigencias de la Suiza por la via diplomática. Entonces el consejo se dirigió á las potencias proponiendo una conferencia para tratar la cuestion de Saboya; pero la mayor parte de las contestaciones fueron en extremo tibias, porque en aquellas semanas la atmósfera política presentaba un aspecto tan belicoso, que todo el mundo temió cargar con la

(2) Thouvenel, tomo I, pág. 29.